

UN VALOR LITERARIO INDESTRUCTIBLE

Una de las mayores desgracias ocurridas a la cultura en general, en los tiempos que vamos corriendo, ha sido la ingerencia que, fuera de todo derecho y conveniencia, ha tenido en los campos culturales eso tan descreditado y nauseabundo que llamamos lítica. Toda la secuela de sectarismo y banderías de orden político-social que pulular hoy en el mundo, se ha filtrado de contrabando, y ha logrado imponerse como norma y dictamen en actividades que le son por naturaleza ajenas.

Y esta desgracia general de la cultura, en sus diversas manifestaciones, parece haberse cebado con más intensidad en el sector de actividades literarias. Aunque cierto ha de reconocerse que tal cosa no ha sucedido en igual proporción en todos los países

A nadie se oculta que existen densos núcleos o sectores, —representados en su mayoría por determinadas medianías literarias, fácilmente reconocibles por el ruido que producen y por el autobombo que se tributan—, los cuales constituyen una seria rémora y hasta una lesión para la cultura literaria. Estos sectores se esfuerzan por someter, con un exclusivismo tiránico, las manifestaciones literarias de toda índole a lo que ellos piensen o sientan en materias de orden político y social. Ya no se trata de los exclusivismos de banderías por razón de aficiones o de modas de carácter exclusivamente literario. Ahora es la filiación en materia político-social lo que esos señores tomarán en cuenta para la apreciación o para el menosprecio de poetas, dramaturgos y novelistas. Todo valor, así sea el de reputación internacional más bien fundamentada y digna, es sometido ante todo al examen de su actitud o de su ideología privada en asuntos político-sociales. Y según se lo halle conforme con los postulados de determinadas ideologías, podrá contar con el apoyo franco, y hasta con la publicidad immoderada de estos modernos "críticos". Por eso se ve a la continua

la exaltación, y casi diríamos la venta impúdica, —como en un mercado literario—, de escritores de muy mediana valía al precio de artículos de primera clase. Medianías y segundones del campo literario sacados adelante en pública labor de propaganda consagratoria, sólo porque su actitud en asuntos nada literarios ha estado de acuerdo con la del conciliábulo propagandista!

En tales condiciones, hoy no se salvaría de la más matante oscuridad el genio literario más esplendoroso de siglos pasados. Si Shakespeare viviera hoy y no profesara las ideas político-sociales de los sectores que hemos indicado, se le negaría rotundamente el cetro bien ganado de rey de la dramaturgia moderna en el mundo entero. Y a Cervantes le sucedería lo mismo como novelista.

Y esto es lo que ha ido ocurriendo en nuestros días a tantos distinguidos escritores. En este particular ha sido fecundo el caso burdo e indisimulado que ha tenido lugar en España en los últimos años. Los nombres de Pío Baroja, de Azorín, de Ortega Gasset, de Pérez de Ayala, de Marañón, y otros, cada uno dentro de su característica literaria o científica, eran hace algunos años pronunciados con respeto y estima en todos los círculos literarios, y se les acordaba sin regateo el título de primates a que se habían hecho acreedores con las obras de su especialidad.

Pero de la noche a la mañana, como por arte de encantamiento, todos ellos han perdido su talento, su habilidad para escribir, su capacidad cultural; y lo que es más, hasta se trata de desvirtuar el mérito de aquellas obras que antaño fueron considerados unánimemente como de indiscutible valor.

A veces nos ocurre pensar, —frente a tan lastimosa y degradante actitud crítica— qué suerte le habría tocado correr a la obra literaria de un García Lorca, de un Neruda, y de otros, si esos autores hubieran militado bajo ideología diferente u opuesta a

la del sector que los ha consagrado como genios o valores sin precedente.

* * *

El 21 del pasado noviembre se murió en Nueva York, Eduardo Marquina. Dígase lo que se quiera decir de este hecho, o hágase el silencio que se tenga a bien, nada ni nadie ha podido impedir el gesto universal de profundo sentimiento entre los amantes de la cultura y de las buenas letras, por la desaparición de uno de los valores más representativos de la dramaturgia moderna. Y en el exquisito y difícil campo del teatro poético, la figura más eximia del habla castellana en los últimos cincuenta años, a la que sólo se emparejaba,— aunque en distinto ambiente—, el aún no bien ponderado Pemán.

Con haber sido tan rica la ininterrumpida generación de autores teatrales en la España de fines del pasado siglo y primer tercio del presente, con figurar en esa serie nombres tan respetables como Benavente, Martínez Sierra, los hermanos Álvarez Quintero, Arniches, etc., todavía Eduardo Marquina, —nativo de Cataluña y escribiendo en castellano—, logró imponerse sin casi discrepancia por parte de los críticos, como el segundo en méritos después del genial e indiscutido Benavente, y dentro de su propia modalidad de autor de **teatro poético** al estilo tradicional español, como el primero y ello con sobra de calidad y de éxitos incuestionables. Parece como si Marquina viniera al teatro español injertando en la misma vena dramática que en Cataluña había alimentado la inspiración de Rusiñol y de Guimerá.

A quien recorra, aunque fuere sólo a título de curiosidad la colección de **Obras Completas de Marquina** (1) no puede menos de aceptar, si procede con sinceridad y deja a un lado todo sectarismo y toda ceguera voluntaria, que Marquina fué lo que en frase muy ramplona, pero casi insustituible llamamos a secas un gran escritor. Tan grande que es bastante él solo para hacer eximio honor a la literatura de la literatura de la más culta nación. Con sola una pequeña fracción de lo que Marquina escribió, cuántos escritores y cuántas otras literaturas se habrían vestido de orgullosa pompa! Los relieves de su abundante mesa

(1) Eduardo Marquina. OBRAS COMPLETAS, siete tomos. M. Aguilar, Editor, Madrid, 1944.

a cuántos flacos canes podrían alimentar y redondear hasta ponerles la piel lustrosa!

En esos siete tomos, con un promedio de unas mil trescientas páginas cada uno, encontramos tres distintas actividades literarias de Marquina poeta, dramaturgo y novelista.

Con el año 1900 hace Marquina su aparición en las letras españolas como poeta con una original colección de Odas. Título tan general y poco llamativo no predecía el contenido de una poesía tan personal y tan valiente, que precisamente por serlo despertó la atención de la crítica. A aquella primera colección de poesías, sucediéronse con rapidez insospechada, en el término de unos pocos años, no menos de siete nuevos volúmenes, todos ellos rebosantes de excelentes composiciones **Las Vendimias, Eglogas, Elegías, Vendimión, etc.** En sólo el año 1914, —ya metido Marquina de lleno en la producción teatral, y conseguidos extraordinarios triunfos escénicos—, le queda tiempo aun para lanzar dos nuevas colecciones de poemas: **Tierras de España y Juglarías**. Y posteriormente, en los leves intervalos que le permitían los voraces escurrirlos, aún siguió brindándonos su lira sustanciosos y bien elaborados poemarios, como entre otros **Recogimiento** (en 1926) y **Mi huerto en la ladera**, (1936). Imposible detenernos ni siquiera a hacer un ligero comentario del variado y excelente contenido poético de más de quince de estas colecciones de poesías. Puede el lector revolver páginas a derecha e izquierda, y donde quiera casi que sus ojos se detengan encuentra poesía original, elevada, de nervuda inspiración, y de expresión castiza y moderna y nunca una nota chabocana, nunca un descenso que indique pobreza de facilitón. Marquina sabe decir las cosas como otro no las ha dicho, pero sin rarezas ni jeroglíficos pedantes. Formado en la tradición clásica, a ella se acoge al principio pero sin servilismos que ahogaran su libertad. Y luego, bajo el empuje del modernismo, sabe marchar en sus filas, y figura como un abanderado, pero guardando siempre un elevado equilibrio artístico que lo alejó de aquellas estridencias antiestéticas que otros grandes poetas de su tiempo no supieron evitar.

La naturaleza, el amor y la patria fueron tres de los temas que más cautivaron su inspiración. Según nos contaba Répide recientemente en uno de sus ágiles "Recuerdos Literarios", la sagaz pupila crítica del severo maestro "Clarín", apreció a Mar-

Quina, a los comienzos del siglo, como uno de los dos auténticos valores nuevos en el campo de la poesía española. Y el no menos connotado crítico Gómez Baquero sintetiza así parte de la obra poética de Marquina: "Poeta civil, poeta de ideas, poeta también de amor fuerte y honesto, de amor cuyas guirnaldas adornan el ara familiar, los asuntos de sus poesías son robustos y viriles. Su inspiración no es solitaria, ni se encierra en las moradas interiores, se asoma gustosa al espectáculo del mundo y acompaña con su vibración a las figuras y a las escenas que desfilaron por el escenario humano".

Y precisamente estas últimas palabras del crítico madrileño nos introducen como por la mano a la otra actividad literaria de Marquina, la que verdaderamente le presentó amplio campo donde volcar el inmenso tesoro de vibraciones del corazón y de pinchelados de la fantasía que guardaba el alma del gran artista catalán.

No fué Marquina precisamente de asombrosa fecundidad. Y sin embargo nos lega un acervo de más de cincuenta grandes piezas teatrales. Pero en ese conjunto lo que más admira no es encontrar que abundan tantas obras representadas con éxito pocas veces igualado, que en muchas ocasiones significaba la permanencia de una obra sobre los tablas por más de cien representaciones seguidas y a todo lleno; y otras veces significaba premios justificadamente acordados por la Academia Española de la Lengua (esto por lo menos en cuatro ocasiones). Lo que sorprende con positivo agrado es observar la segura y constante elevación artística que logra Marquina a todo lo largo de su producción dramática. Esporádicamente y en sus años de menos experiencia y serenidad, tuvo como todo grande artista sus fallas o equivocaciones. Como tales podrían citarse **La hiedra**, **El último día**, **Por los pecados del Rey**, y alguna otra. Pero en mayor proporción, y más repetidamente, lo ha tenido garrafales desaciertos el genial Benavente. Y aun nos atreveríamos a decir que guardadas las proporciones y características del trabajo global de ambos escritores, tal vez el de Marquina ofrece una más igual y equilibrada continuidad artística. Marquina da casi siempre la impresión de que se pone a escribir con conciencia actual de su responsabilidad de artista. No sabe de vuelos rastreros ni de posarse a la altura de los tejados. Aun cuando aborda temas sencillos y corrientes, al punto se eleva raudamente

y vigoroso a las más dignas alturas del pensamiento y del corazón. Y por sobre todo se mantiene en el plano de gran poeta, como lo es por naturaleza y sin necesidad de poses buscadas o innaturales. Más de tres cuartas partes de su obra teatral las escribió en verso, al estilo tradicional del gran teatro español, sin anacronismos de lenguaje ni de inspiración, pero con tanta técnica y habilidad artísticas que se salvó del peligro de una versificación efectista y huera que tanto daño causara a otros dramaturgos de la misma época, como por ejemplo a Villaespesa. Y aun en la media docena escasa de obras dramáticas que Marquina escribió en prosa, corre entre sus líneas un aire de inconfundible poesía.

Bien y honrosamente se ha llamado 'teatro poético' al de Marquina. En ello estriba su gloria y su originalidad. Y solamente espíritus estragados por las crudezas e intemperancias de otros géneros, juzgan mal y a la ligera un arte exquisito y que al mismo tiempo no carece del vigor e interés indispensables en la obra teatral.

Mucho dramatismo y mucho vigor teatral debía encerrar esa larga serie de producciones montadas en los escenarios más importantes del habla española, e interpretados por los actores y actrices de más justificada reputación: María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza (pareja de gloria imperecedera), Margarita Xirgu, Lola Membrives, Ana Adamuz... Es absurdo pensar que actores y actrices de la talla de los nombrados hubieran expuesto tan continuamente, durante muchos años, su trabajo escénico y su renombre internacional teniendo que interpretar obras carentes de verdadera sustancia dramática. Y por el contrario los éxitos profundos, no precisamente bullangueros, que con su arte arrebatador lograron habitualmente dichos actores y actrices, prueban bien a las claras que el material dramático-poético que les brindaba Marquina era de valor nada común.

Es interesante observar que Marquina consciente e intencionadamente orientaba siempre sus obras al campo de lo poético. El mismo en una nota que precede a la pieza "El camino de la felicidad" ha escrito "Para el estreno en Buenos Aires y en Madrid se hicieron algunas modificaciones en el último acto. Acaso aumentaban su teatralidad pero, indudablemente, rebajaban su valor poemático" (Ob. comp., V, p. 903). Lo cual quiere decir que Marquina desdeñaba la teatralidad con tal de

qué triunfará la poesía. Y él era artista con innegable capacidad y recursos legítimos para hacer triunfar lo poético sobre las tablas.

González Ruiz, el competente y sobrio crítico literario señaló aunque un poco arbitrariamente, dos épocas en la vida artística de Marquina. La primera es de marcada tendencia hacia los temas épicos que en abundancia le ofrecía la tradición castellana. Temas heróicos a los que el poeta viste con una moderna interpretación poética. Tres muestras excelentes de esta clase de trabajos son **Las hijas del Cid**, **En Flandes se ha puesto el sol** y **Doña María la Brava**.

En cambio en la llamada segunda época, el poeta se acerca a revestir con todo lo más fino y delicado de su arte, tanto de estilo como de inventiva, asuntos sencillos de la vida tranquila, o evocaciones populares. Y logra elevar tales temas a la categoría de obras de impercedero valor. Modelo de esta clase de obras es la bellísima **El pobrecito carpintero**. Y a su lado pueden figurar con no menos derecho **La ermita, la fuente y el río**, **El pavo real**, **Una noche en Venecia**, **Fuente escondida**, y otras muchas (2)

Puesto aparte merecen en el conjunto de la obra marquiniana, —aunque no podemos detenernos a comentarlas—, piezas dramáticas de diversa índole, pero todas de rica envergadura, ricas en ideas y en interés artístico, y dotadas de un sano equilibrio que basta a catalogar al autor entre los grandes maestros de la moderna dramaturgia española. **Teresa de Jesús**, **El Monjo Blanco**, **María la Viuda**, son tres de las más notables de este grupo. El mismo Marquina afirmó que su obra que más quería era sin lugar a dudas, **Teresa de Jesús**, y tras de ésta señalaba a **María la Viuda**.

Y por si alguien pudo dudar de su capacidad para otro género de obras, de las que aún gustaba en su época el público

(2) Cfr. Nicolás González Ruiz, EN ESTA HORA, Ojeada a los valores literarios. Madrid, Talleres "Voluntad", 1925, pp. 51-56.

español, cuando quiso presentó ante las candilejas, para triunfar rotundamente, la comedia de capa y espada **Don Luis Mejía**, cuyo argumento es la contraparte psicológica del **Don Juan Tenorio**. En la edición completa de sus obras el mismo Marquina explica con todo pormenor cuál fuera la parte de colaboración que en dicha obra tuvo Alfonso Hernández Catá, para quien tiene frases de sincero amigo y compañero. Pero es importante observar que aquella colaboración alcanzó a mucho menos de lo que hasta ahora se había supuesto.

* * *

Nuestro recorrido a través de la obra de Marquina ha tenido que ser forzosamente rápido y somero. Pero aun con solo lo dicho, salta a la vista una conclusión irrefutable: una obra tan extensa, tan variada, tan laboriosa, a la cual consagró Marquina todas sus infatigables energías de casi cincuenta años, no es para mirarse con actitud despectiva, y menos para referirse a ella con tres frases periodísticas de innegable injusticia, —para decir lo menos—, como lo hizo algún diario caraqueño.

Pero en el terreno literario podríamos respetuosamente repetir la frase evangélica: "esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas". Dejemos al tiempo hacer su labor segura, ineludible. Cuando se opaguen los rescoldos, cuando las aguas vuelvan a su debido cauce, cuando se instaure de nuevo universalmente la buena fe y la sinceridad artística y literaria, yacerán derruidas en su propia endebles y vaciedad tantas medianías y aun vulgaridades que hoy se nos brindan a precio de oro; se habrán ajado y desteñido tantas flores de tropo que quisieron lucir su falso atractivo. Y en cambio los ojos se volverán a admirar las auténticas obras de arte sereno y auténtico que surgirán ya entonces revestidas de la inmarcesible pátina de la inmortalidad. Entonces, —y ya también desde ahora—, el nombre de Eduardo Marquina estará figurando entre los hijos legítimos de la fama que no reconoce ni fronteras ni grupos, ni propagandas mezquinas y partidistas.

PEDRO P. BARNOLA, S. J.